EL DON DEL OTRO PARÁCLITO

Jesús convocó y formó a sus discípulos, para ser pescadores de hombres, para llevar el Evangelio del reino de Dios al mundo entero. En su testamento de despedida, tal como relata el evangelio según san Juan en los capítulos XIII al XVII, Jesús anunció con gran realismo, a los que amaba hasta el extremo, las pruebas y persecuciones que sufrirían después de su partida.

He aquí unas palabras muy significativas del Maestro a los suyos. En ellas les garantiza las pruebas, provenientes de un mundo que ha dado la espalda a Dios; y el don del «otro Paráclito», el Espíritu de la verdad para triunfar. Leo el texto, hago un pequeño comentario y luego presento unos puntos para la meditación.

> ***Os he hablado de esto, para que no os escandalicéis***. Os excomulgarán de la sinagoga; más aún, llegará incluso una hora cuando el que os dé muerte pensará que da culto a Dios. Y esto lo harán porque no han conocido ni al Padre ni a mí. ***Os he hablado de esto para que, cuando llegue la hora, os acordéis de que yo os lo había dicho. No os dije estas cosas desde el principio porque estaba con vosotros***. Ahora me voy al que me envió, y ninguno de vosotros me pregunta: "¿Adónde vas?". Sino que, por haberos dicho esto, la tristeza os ha llenado el corazón. Sin embargo, ***os digo la verdad: os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito. En cambio, si me voy, os lo enviaré***. Y cuando venga, dejará convicto al mundo acerca de un pecado, de una justicia y de una condena. De un pecado, porque no creen en mí; de una justicia, porque me voy al Padre, y no me veréis; de una condena, porque el príncipe de este mundo está condenado. (Jn 16, 1-11)

Jesús advierte, con claridad, a los discípulos, personas adultas, que el mundo, en que desarrollarán la misión, está marcado por la incredulidad, la injusticia y la enemistad a Dios. Lo hace en el momento de su vuelta al Padre, para que no se escandalicen cuando hagan la experiencia de ser rechazados y perseguidos, llevados ante los tribunales y los condenen a muerte, creyendo dar así culto a Dios. No lo había hecho desde el principio porque estaba con ellos y no estaban preparados para oír lo que les acaba de anunciar. El don del Paráclito, que los guiará y sostendrá en el camino de la misión, que estará marcada, como lo estuvo la suya, por la contradicción y la persecución.

La promesa del don del «otro Paráclito» tendrá lugar tras su Pascua. Jesús no promete ni éxitos ni victorias fáciles. ***Ellos, como él, están destinados a recorrer el camino del Siervo***. En este sentido se puede evocar la parábola de los viñadores homicidas. Los jefes y autoridades rechazaron primero a los siervos enviados; y cuando el dueño de la viña manda al hijo, deciden matarlo, para quedarse con la herencia. Jesús no promete un camino de rosas, todo lo contrario. Sí les promete «el otro Paráclito», el mismo que se posó y permaneció en él, el que lo sostuvo en su Pascua.

Jesús resucitado culmina su misión salvadora en favor del mundo y la formación de los apóstoles con ***el don del otro Paráclito***. El amor insondable de Dios por el mundo no es aceptado por éste, el cual sigue manifestándose hostil a Él. Es la paradoja divina. Dios busca salvarlo y el mundo lo rechaza y odia. Esta es la verdad dramática. Los discípulos reciben el «otro Paráclito», que los conducirá a la verdad plena y hará de ellos los testigos del amor insondable del Padre por el mundo. El amor divino se ha revelado y realizado plenamente en la Pascua del Hijo.

Jesús, el Maestro, alecciona y fortifica a los suyos para que participen libre y conscientemente en «el drama divino». Sostenidos por el Espíritu son enviados como sus testigos. Jesús lo expresa de forma plástica.

> ***Si el mundo os odia, sabed que me ha odiado a mí antes que a vosotros***. Si fuerais del mundo, el mundo os amaría como cosa suya, pero como no sois del mundo, sino que yo os he escogido sacándoos del mundo, por eso el mundo os odia. Recordad lo que os dije: "No es el siervo más que su amo". Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán; si han guardado mi palabra, también guardarán la vuestra. Y todo eso lo harán con vosotros a causa de mi nombre, porque no conocen al que me envió. Si yo no hubiera venido y no les hubiera hablado, no tendrían pecado, pero ahora no tienen excusa de su pecado. El que me odia a mí, odia también a mi Padre. ***Si yo no hubiera hecho en medio de ellos obras que ningún otro ha hecho, no tendrían pecado, pero ahora las han visto y me han odiado a mí y a mi Padre, para que se cumpla la palabra escrita en su ley: "Me han odiado sin motivo"***. Cuando venga el Paráclito, que os enviaré desde el Padre, el Espíritu de la verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí; y también vosotros daréis testimonio, porque desde el principio estáis conmigo. (Jn 15, 18-27)

Es importante recalcar la expresión «el otro Paráclito», que el Padre enviará a los discípulos en atención a la oración Jesús: «En verdad, en verdad os digo: el que cree en mí, también él hará las obras que yo hago, y aun mayores, porque yo me voy al Padre. Y lo que pidáis en mi nombre, yo lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si me pedís algo en mi nombre, yo lo haré. Si me amáis, guardaréis mis mandamientos. Y yo le pediré al Padre que os dé otro Paráclito, que esté siempre con vosotros, el Espíritu de la verdad. El mundo no puede recibirlo, porque no lo ve ni lo conoce; vosotros, en cambio, lo conocéis, porque mora con vosotros y está en vosotros. No os dejaré huérfanos, volveré a vosotros». (Jn 14, 12-18) El «otro Paráclito» proseguirá la obra del Hijo, que se ha revelado como el defensor de sus hermanos, de sus discípulos y mediante ellos en el mundo.

Insisto. Como ya había adelantado el evangelista, el don del Paráclito, que ha de permanecer para siempre en los discípulos, dependía de la Pascua del Hijo enviado en la carne. «El último día, el más solemne de la fiesta, Jesús en pie gritó: «El que tenga sed, que venga a mí y beba el que cree en mí; como dice la Escritura: "de sus entrañas manarán ríos de agua viva"». Dijo esto refiriéndose al Espíritu, que habían de recibir los que creyeran en él. Todavía no se había dado el Espíritu, porque Jesús no había sido glorificado». (Jn 7, 37-39) No había sido dado todavía el Espíritu a los discípulos, pero sí había descendido sobre Jesús, enviado en la carne, cuando fue bautizado en el Jordán por el Bautista.

El evangelista Juan, en esta perspectiva, presenta la muerte de Jesús como «el preludio» del don del Espíritu de la verdad: «Jesús, cuando tomó el vinagre, dijo: «Está cumplido». E, inclinando la cabeza, entregó el espíritu». (Jn 19, 30) Resucitado de entre los muertos, Jesús sopló sobre sus discípulos y «les dijo: Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos». (Jn 20, 22-23) El don del Espíritu, prometido para los tiempos mesiánicos, sella así la misión del Hijo enviado al mundo, para llevar a cabo la obra del Padre, el Creador y Salvador, como se había revelado en el Antiguo Testamento. La misión del Hijo en la tierra estaba marcada por la provisionalidad propia de la carne. La presencia del otro Paráclito, enviado como culminación de la Pascua, será perenne. El Espíritu, enviado por el Padre y el Hijo, obra el nuevo nacimiento de los discípulos, como hijos y hermanos en el Hijo, así como sus testigos cualificados.

En este contexto es interesante recordar un hermoso testimonio proveniente de la Iglesia ortodoxa: «Sin el Espíritu Santo, Dios está lejos, Cristo permanece en el pasado, el Evangelio es letra muerta, la Iglesia una simple organización, la autoridad sería dominación, la misión una propaganda, el culto una evocación y el actuar cristiano una moral de esclavos. Pero con la presencia del Espíritu, el cosmos se eleva y gime en el parto del Reino, Cristo resucitado está presente, el Evangelio es potencia de vida, la Iglesia significa la comunión trinitaria, la autoridad es un servicio de liberación, la misión es un Pentecostés, la liturgia una memoria y anticipación, el actuar humano se deifica». (Ignacio IV Hazin, patriarca de la Iglesia greco-ortodoxa de Antioquía) El don del Espíritu hace posible el testimonio de la Iglesia apostólica.

I.- PENTECOSTÉS CULMEN DE LA PASCUA DEL HIJO

La pascua de Jesús, como sabemos y creemos, alcanza su culmen con el don del Espíritu Santo a la comunidad apostólica, reunida en oración. Que Jesús, el Hijo, muriese por nuestros pecados y resucitase para nuestra salvación es ya maravilloso; pero mucho más maravilloso es el cumplimiento de la promesa de dar el don del Espíritu Santo a toda carne, como lo había anunciado el profeta y aconteció el día de Pentecostés. He aquí el testimonio de Pedro en este día de gracia:

> «Judíos y vecinos todos de Jerusalén, enteraos bien y escuchad atentamente mis palabras. No es, como vosotros suponéis, que estos estén borrachos, pues es solo la hora de tercia, sino que ocurre lo que había dicho el profeta Joel: Y sucederá en los últimos días, dice Dios, que derramaré mi Espíritu sobre toda carne y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán y vuestros jóvenes verán visiones y vuestros ancianos soñarán sueños; y aun sobre mis siervos y sobre mis siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días, y profetizarán. Y obraré prodigios arriba en el cielo y signos abajo en la tierra, sangre y fuego y nubes de humo. El sol se convertirá en tiniebla y la luna en sangre, antes de que venga el día del Señor, grande y deslumbrador. Y todo el que invocare el nombre del Señor se salvará. (Hch 2, 14-21)

Con el don del Espíritu de la verdad, toda carne recibe la posibilidad de participar en la comunión del Padre y del Hijo. Los padres de la Iglesia hablan de divinización de la criatura humana. En la noche, Jesús dijo a Nicodemo: es necesario nacer de nuevo del agua y del Espíritu, para ver y entrar en el reino de Dios. (cf. Jn 3, 1ss) Por este nuevo nacimiento el creyente es adoptado como hijos de Dios y hecho partícipe de la misma naturaleza divina. En efecto, es «el Espíritu de Cristo» el que clama en nosotros: «Abba, Padre». La adopción filial, obra del Espíritu Santo, no se sitúa en una simple perspectiva legal, conlleva una verdadera recreación espiritual. El mismo Espíritu que fecundó el seno de María, nos recrea en Cristo para la vida divina, para la comunión existente entre el Padre y el Hijo.

Así se comprende la sorprendente afirmación de Jesús a los discípulos, que estaban tristes por el anuncio de su partida al Padre que lo había enviado. «***Os digo la verdad: os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito. En cambio, si me voy, os lo enviaré***». La paradoja divina es maravillosa. Jesús se retira, para que el otro Paráclito, que hace uno con él, permanezca siempre con los suyos. Esta es la verdad salvadora: ***en nosotros mora y actúa ya el Espíritu eterno de Dios, para hacernos partícipes de la santidad misma del Santo de Dios***. Por la acción del Espíritu somos partícipes de la vida divina. La acción del Espíritu es conducirnos a la Pascua sin ocaso del Hijo. Pablo, escribiendo a la minúscula comunidad de Roma, presenta en estos términos ***la gracia del bautismo en el Espíritu***:

> Los que hemos muerto al pecado, ¿cómo vamos a seguir viviendo en el pecado? ¿Es que no sabéis que cuantos fuimos bautizados en Cristo Jesús fuimos bautizados en su muerte? Por el bautismo fuimos sepultados con él en la muerte, para que, lo mismo que Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en una vida nueva. Pues si hemos sido incorporados a él en una muerte como la suya, lo seremos también en una resurrección como la suya; sabiendo que nuestro hombre viejo fue crucificado con Cristo, para que fuera destruido el cuerpo de pecado, y, de este modo, nosotros dejáramos de servir al pecado; porque quien muere ha quedado libre del pecado. Si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él; pues sabemos que Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más; la muerte ya no tiene dominio sobre él. Porque quien ha muerto, ha muerto al pecado de una vez para siempre; y quien vive, vive para Dios. Lo mismo vosotros, consideraos muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús. Que el pecado no siga reinando en vuestro cuerpo mortal, sometiéndoos a sus deseos; no pongáis vuestros miembros al servicio del pecado, como instrumentos de injusticia; antes bien, ofreceos a Dios como quienes han vuelto a la vida desde la muerte, y poned vuestros miembros al servicio de Dios, como instrumentos de la justicia. Porque el pecado no ejercerá su dominio sobre vosotros: pues no estáis bajo ley, sino bajo gracia. (Rom 6, 2-14)

Así se cumple la palabra profética proclamada por labios del Bautista: «Y Juan dio testimonio diciendo: «He contemplado al Espíritu que bajaba del cielo como una paloma, y se posó sobre él. Yo no lo conocía, pero el que me envió a bautizar con agua me dijo: "Aquel sobre quien veas bajar el Espíritu y posarse sobre él, ese es el que bautiza con Espíritu Santo". Y yo lo he visto y he dado testimonio de que este es el Hijo de Dios».

(Jn 1, 32-34) El inicio de los Hechos de los Apóstoles insiste en esta misma perspectiva: «Una vez que comían juntos, [Jesús] les ordenó que no se alejaran de Jerusalén, sino «aguardad que se cumpla la promesa del Padre, de la que me habéis oído hablar, porque Juan bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados con Espíritu Santo dentro de no muchos días». (Hch 1, 4-5)

La carta primera de Juan ofrece un criterio decisivo para poder discernir si avanzamos en el Espíritu Santo, el Espíritu de la verdad, libertad, santidad y comunión, esto es, como nuevas criaturas.

> Queridos míos: no os fiéis de cualquier espíritu, sino examinad si los espíritus vienen de Dios, pues muchos falsos profetas han salido al mundo. En esto podréis conocer el Espíritu de Dios: ***todo espíritu que confiesa a Jesucristo venido en carne es de Dios; y todo espíritu que no confiesa a Jesús no es de Dios***: es del Anticristo. El cual habéis oído que iba a venir; pues bien, ya está en el mundo. Vosotros, hijos míos, sois de Dios y lo habéis vencido. Pues el que está en vosotros es más que el que está en el mundo. Ellos son del mundo; por eso hablan según el mundo y el mundo los escucha. ***Nosotros somos de Dios. Quien conoce a Dios nos escucha, quien no es de Dios no nos escucha. En esto conocemos el Espíritu de la verdad y el espíritu del error***. (1Jn 4, 1-6)

El Espíritu de de la verdad nos hace clamar de forma vital y existencial: «¡Jesús es Señor!». (1Cor 12, 3) Esta afirmación determina la existencia del discípulo y testigo en el Espíritu de santidad. Ya no debería existir otro Señor en la vida del creyente. ¡Dejemos de correr tras las novedades y opiniones de este mundo, así como de las culturas, incluidas las culturas religiosas! El conocimiento de Jesucristo es el bien supremo.

Una vez que hemos esbozado un poco la razón, por la que Jesús dijo a los discípulos que era de su interés que volviera al Padre, conviene meditar cómo el Espíritu de la verdad, además de recrearnos como hijos del Padre, hace de nosotros testigos de «la Verdad» en el mundo. Ya he citado el texto en que Jesús dijo a los suyos que el Espíritu de la verdad daría testimonio de él y también los suyos lo harían animados por él.

Tratemos ahora de precisar cómo el Paráclito sostiene a los que hemos creído en el Hijo enviado por el Padre, muerto en la cruz, resucitado y glorificado. En el proceso que el discípulo está llamado a sostener con el mundo, el Espíritu será su abogado y defensor. En la prueba, el Espíritu sostiene la debilidad del mártir.

II.- EL ESPÍRITU DEJA CONVICTO AL MUNDO DE PECADO, INJUSTICIA Y CONDENA.

> Y cuando venga [el Espíritu], dejará convicto al mundo acerca de un pecado, de una justicia y de una condena. De un pecado, porque no creen en mí; de una justicia, porque me voy al Padre, y no me veréis; de una condena, porque el príncipe de este mundo está condenado.

Es interesante entrar en la inteligencia de estas palabras de Jesús. Ellas ofrecen una clave precisa y preciosa, para avanzar, con lucidez y esperanza, en medio de los avatares de la historia. ¡Evangelicemos el deseo del mundo! Éste, al estilo de los propulsores de la Torre de Babel, pretende elevarse con su esfuerzo y acción hasta el cielo; para recaer en la confusión de lenguas e intereses. Conviene ser consciente. Los líderes de la nueva Babel, hombres y mujeres, tratan de sustituir a Dios e imponer «la dictadura de la ciencia y de su moral», para conseguir unos objetivos, que obstaculizan, con demasiada frecuencia, la verdadera comunión y solidaridad entre personas, grupos y pueblos. Babel engendra confusión, crispación y violencia. Pentecostés habla de comunión de amor y acción en la diversidad de personas irrepetibles.

1.- El Espíritu deja convicto al mundo del pecado de la incredulidad.

El Espíritu, que habló por los profetas, habitó en Jesús y da testimonio en los apóstoles, deja convicto al mundo de su incredulidad, ya que se niega a acoger la verdad liberadora de Dios, tal como se ha revelado en

su Hijo enviado en la carne. Este es un punto muy significativo. Jesús, en efecto, acusó a la gente religiosa de su tiempo del pecado de incredulidad. Oigamos su respuesta a los que no aceptaban su testimonio:

> De nuevo les dijo: «Yo me voy y me buscaréis, y moriréis por vuestro pecado. Donde yo voy no podéis venir vosotros». Y los judíos comentaban: «¿Será que va a suicidarse, y por eso dice: "Donde yo voy no podéis venir vosotros"?». Y él les dijo: «Vosotros sois de aquí abajo, yo soy de allá arriba: vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo. Con razón os he dicho que moriréis en vuestros pecados: pues, si no creéis que "Yo soy", moriréis en vuestros pecados». Ellos le decían: «¿Quién eres tú?». Jesús les contestó: «Lo que os estoy diciendo desde el principio. Podría decir y condenar muchas cosas en vosotros; pero el que me ha enviado es veraz, y yo comunico al mundo lo que he aprendido de él». Ellos no comprendieron que les hablaba del Padre. Y entonces dijo Jesús: «Cuando levantéis en alto al Hijo del hombre, sabréis que "Yo soy", y que no hago nada por mi cuenta, sino que hablo como el Padre me ha enseñado. El que me envió está conmigo, no me ha dejado solo; porque yo hago siempre lo que le agrada». Cuando les exponía esto, muchos creyeron en él. (Jn 8, 21-30)

Jesús, en efecto, alertó a los que lo rechazaban que morirían en su pecado y no irían adonde él iba. Y como atestiguó: él venía del Padre y al Padre volvía. Los «judíos» rechazaban sus palabras sin comprenderlas. No obstante sus palabras se correspondían con las de los profetas. Sus obras eran las del Padre. Él hizo siempre lo que agradaba al que lo había enviado. Así lo ratifica de forma inaudita en su pascua. Ante las palabras de Jesús, algunos creyeron, pero la mayoría no aceptaron el testimonio del Nazareno sostenido por el Espíritu, que descendió sobre él al ser bautizado por Juan Bautista en el Jordán. Jesús ni se adapto ni sucumbió ante lo correctamente religioso de su tiempo.

El Paráclito, el Espíritu de la verdad, vendrá sobre los discípulos después de la pascua del Hijo, para convencer de pecado al mundo, en la medida que se niega a creer en él. La incredulidad puede adoptar formas diferentes y sus motivos pueden ser muy diversos.

Los Hechos de los Apóstoles narran de forma paradigmática el paso de la incredulidad a la fe en la persona de Saulo. Este había perseguido a la comunidad naciente. En ella perseguía a Jesús muerto y resucitado, a quien rechazaba apoyado en su «docta ignorancia». Su incredulidad se sostenía su «razón religiosa». Así lo dice él mismo: «*Doy gracias a Cristo Jesús, Señor nuestro, que me hizo capaz, se fió de mí y me confió este ministerio, a mí, que antes era un blasfemo, un perseguidor y un insolente. Pero Dios tuvo compasión de mí porque no sabía lo que hacía, pues estaba lejos de la fe; sin embargo, la gracia de nuestro Señor sobreabundó en mí junto con la fe y el amor que tienen su fundamento en Cristo Jesús. Es palabra digna de crédito y merecedora de total aceptación que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, y yo soy el primero; pero por esto precisamente se compadeció de mí: para que yo fuese el primero en el que Cristo Jesús mostrase toda su paciencia y para que me convirtiera en un modelo de los que han de creer en él y tener vida eterna. Al Rey de los siglos, inmortal, invisible, único Dios, honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén. Pero siempre se incluso es el que dará testimonio*». (1Tim 1, 12-17) La «docta ignorancia» es frecuente. Consiste en aceptar sólo lo que «mi razón religiosa» comprende, de acuerdo con la cultura correcta del momento. Jesús llamó Satanás a Pedro, pues pensaba como los hombres y no como Dios. El Espíritu de la verdad es el único que puede revelarnos la verdad de Dios, revelada en la Pascua del Hijo.

En esta perspectiva, resulta aleccionador releer el testimonio del apóstol Pablo, dirigiéndose a la comunidad de Corinto, que liderada por los superapóstoles pretendía avanzar por un camino diferente al trazado por el «logos de la cruz». La sabiduría de Dios y la sabiduría de los hombres no siempre concuerdan.

> Sabiduría, sí, hablamos entre los perfectos; pero una sabiduría que no es de este mundo ni de los príncipes de este mundo, condenados a perecer, sino que enseñamos una sabiduría divina, misteriosa, escondida, predestinada por Dios antes de los siglos para nuestra gloria. Ninguno de los príncipes de este mundo la ha conocido, pues, si la hubiesen conocido, nunca hubieran crucificado al Señor de la gloria. Sino que, como está escrito: Ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni el hombre puede pensar lo que Dios ha preparado para los que lo aman.

> Y Dios nos lo ha revelado por el Espíritu; pues el Espíritu lo sondea todo, incluso lo profundo de Dios. Pues, ¿quién conoce lo íntimo del hombre, sino el espíritu del hombre, que está dentro de él? Del mismo modo, lo íntimo de Dios lo conoce solo el Espíritu de Dios. Pero nosotros hemos recibido un Espíritu que no es del mundo; es el Espíritu que viene de Dios, para que conozcamos los dones que de Dios recibimos. Cuando explicamos verdades espirituales a hombres de espíritu, no las exponemos en el lenguaje que enseña el saber humano, sino en el que enseña el Espíritu. ***Pues el hombre natural no capta lo que es propio del Espíritu de Dios, le parece una necedad; no es capaz de percibirlo, porque solo se puede juzgar con el criterio del Espíritu.*** En cambio, el hombre espiritual lo juzga todo, mientras que él no está sujeto al juicio de nadie. «¿Quién ha conocido la mente del Señor para poder instruirlo?». Pues bien, nosotros tenemos la mente de Cristo. (1Cor 2, 6-16)

Saulo, antes de su conversión, avanzaba desde la sabiduría del mundo, desde la docta ignorancia, que estaba determinada por una interpretación falaz de las Escrituras dadas por Dios. Después de su conversión, el apóstol lo hará desde la sabiduría del Espíritu Santo, dejando atrás el pecado de la incredulidad, que le había llevado a ir contra la verdad de Dios, aun cuando en su intención fuera dar culto a Dios. La buena voluntad no basta para avanzar en la verdad liberadora. Es la historia y debemos tenerlo muy en cuenta. El Espíritu sigue dejando convicto de pecado al mundo, incluidas ciertas formas de religiosidad, si estas no avanzan en consonancia con la palabra de la cruz, con la pascua del Señor. ¡Seamos humildes, dejémonos interrogar y enseñar por el Espíritu de la verdad! ¿Estamos realmente abiertos a la sabiduría divina?

2.- ... de justicia, porque me voy al Padre, y no me veréis.

Como sucede con frecuencia, las palabras de Jesús son sorprendentes y desconcertantes. El Espíritu de la verdad deja convicto al mundo de la verdadera justicia. Ahora bien, la justicia de Dios es muy especial y significativa, no es como la justicia de los hombres. Dios, paradójicamente, revela su justicia en la Pascua del Hijo inocente, condenado a morir ignominiosamente en el madero de los malditos por la injusticia de los poderes religiosos y políticos de este mundo. El evangelista Juan narra de forma significativa cómo Satanás (a Pedro Jesús lo llamó Satanás por pensar como los hombres) se apodera de Judas para culminar la injusticia de los «pecadores»[1], eliminando al justo e inocente. A través de la traición de Judas, así lo enseña Jesús, se estaban cumpliendo las Escrituras:

> Si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros: os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis. En verdad, en verdad os digo: el criado no es más que su amo, ni el enviado es más que el que lo envía. Puesto que sabéis esto, dichosos vosotros si lo ponéis en práctica. No lo digo por todos vosotros; yo sé bien a quiénes he elegido, *pero tiene que cumplirse la Escritura: "El que compartía mi pan me ha traicionado"*. Os lo digo ahora, antes de que suceda, para que cuando suceda creáis que yo soy. (Jn 13, 14-19)

En la noche, en las tinieblas de la injusticia, acontece la justicia de Dios. La Pascua es la plena realización de la justicia de Dios, el cumplimiento de sus promesas. Es la expresión suprema de la fidelidad de Dios a su alianza. Estamos ante la justicia del amor. Es preciso meditarlo, pues el Paráclito, en la medida que nos conduce a la verdad plena, deja convicto al mundo de la justicia, de cómo Dios ha llevado a cabo su designio de amor, entregando a su Hijo en manos de los pecadores y resucitándolo de entre los muertos al tercer día.

---

[1] Jesús fue entregado en manos de «los pecadores» según relatan los evangelista (cf. Mc 14, 41, Lc 24, 7). Más todavía, según el relato de Lucas, Jesús tiene conciencia de ser entregado como los pecadores, en cumplimiento de la Escritura: «Y les dijo: «Cuando os envié sin bolsa, ni alforja, ni sandalias, ¿os faltó algo?». Dijeron: «Nada». «Pero ahora, el que tenga bolsa, que la lleve consigo, y lo mismo la alforja; y el que no tenga espada, que venda su manto y compre una. Porque os digo que es necesario que se cumpla en mí lo que está escrito: "Fue contado entre los pecadores", pues lo que se refiere a mí toca a su fin». Ellos dijeron: «Señor, aquí hay dos espadas». Él les dijo: «Basta». (Lc 22, 35-38)

Así lo comprendió, iluminado por el Espíritu, el converso del camino de Damasco, Pablo. Baste releer y contemplar lo escribía a la comunidad de Corinto seducida, como ya he indicado en otros momentos, por los superapóstoles.

> Porque nos apremia el amor de Cristo al considerar que, si uno murió por todos, todos murieron. Y Cristo murió por todos, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para el que murió y resucitó por ellos. De modo que nosotros desde ahora no conocemos a nadie según la carne; si alguna vez conocimos a Cristo según la carne, ahora ya no lo conocemos así. Por tanto, si alguno está en Cristo es una criatura nueva. Lo viejo ha pasado, ha comenzado lo nuevo. Todo procede de Dios, que nos reconcilió consigo por medio de Cristo y nos encargó el ministerio de la reconciliación. Porque Dios mismo estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo, sin pedirles cuenta de sus pecados, y ha puesto en nosotros el mensaje de la reconciliación. Por eso, nosotros actuamos como enviados de Cristo, y es como si Dios mismo exhortara por medio de nosotros. En nombre de Cristo os pedimos que os reconciliéis con Dios. Al que no conocía el pecado, lo hizo pecado en favor nuestro, para que nosotros llegáramos a ser justicia de Dios en él. (2Cor 5, 14-21)

La justicia de Dios no es como la de los hombres. Dios no se limita a esperar que vengan a pedirle perdón. Toma la iniciativa y se pone en camino, para reconciliar al hombre con él, para recrearlo de nuevo mediante la entrega de su Hijo. En ello consiste la justicia de Dios, la del amor insondable. Dios es quien crea y recrea a la criatura, para abrazarla con amor eterno. Y así, al resucitar a Jesús de entre los muertos como primicia de todos los creyentes, deja convicto al mundo de su justicia. ¿Hemos creído realmente que la pascua del Hijo es la expresión de la justicia divina, tal como la revela el Espíritu de la verdad? La mentira de la serpiente queda en evidencia. Dios no es un rival del hombre, sino todo lo contrario. Él es la fuente de su vida en plenitud, tanto en medio de las pruebas como de los logros. Y esto se pone ya de manifiesto desde el Jardín del Edén. Dios va al encuentro de Adán y lo llama a su presencia.

3.- ... de una condena, porque el príncipe de este mundo está condenado

En la Pascua del Hijo enviado en la carne, por tanto, ha sido condenado el príncipe de este mundo. Es la descalificación total del príncipe de la mentira, como sabemos y creemos. Dios está por el hombre desde toda la eternidad. Esta es la verdad, fuente y fundamento de la esperanza. «***Dios es nuestra esperanza***», como proclama el salmo que Jesús oró tantas veces en la sinagoga:

> Dios mío, líbrame de la mano perversa, del puño criminal y violento. Porque ***tú, Señor, fuiste mi esperanza y mi confianza***, Señor, desde mi juventud. En el vientre materno ya me apoyaba en ti, en el seno tú me sostenías, siempre he confiado en ti. (71 (70), 4-6)

Pablo, iluminado por el Espíritu de la verdad, da testimonio de ello, escribiendo a la insignificante y pequeña comunidad de Roma, tentada y acosada por la pruebas y dificultades, para dar testimonio de la verdad de Evangelio del reino de Dios en el corazón del imperio opresor. Lo hacía en estos términos:

> Después de esto, ¿qué diremos? Si Dios está por nosotros, ¿quién estará contra nosotros? El que no se reservó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará todo con él? ¿Quién acusará a los elegidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién condenará? ¿Acaso Cristo Jesús, que murió, más todavía, resucitó y está a la derecha de Dios y que además intercede por nosotros? ¿Quién nos separará del amor de Cristo?, ¿la tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿el peligro?, ¿la espada?; como está escrito: Por tu causa nos degüellan cada día, nos tratan como a ovejas de matanza. Pero en todo esto vencemos de sobra gracias a aquel que nos ha amado. Pues estoy convencido de que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni presente, ni futuro, ni potencias, ni altura, ni profundidad, ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor. (Rom 8, 31-39)

El príncipe del mundo ha sido convicto de mentira por el Paráclito, nuestro abogado, y descalificado de una vez para siempre. Esta condena es fuente del dinamismo propio de la esperanza. En el Espíritu de la verdad,

el hombre puede ahora avanzar con plena seguridad en la historia. El amor del Padre por el mundo se revela plenamente en la Pascua de su Unigénito.

El Espíritu, conviene tenerlo siempre presente en la memoria del corazón, es quien nos capacita para avanzar hacia la verdad plena de Dios, para ser testigos y peregrinos de la esperanza que no defrauda. Nada ni nadie puede separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor.

Sólo la incredulidad personal, que es el pecado, puede cerrarnos el camino de la vida plena en el Señor. La fe apostólica afirma: Dios nos ama y recrea en la pascua de su Hijo para la libertad filial. Él quiere reunir a todos en la mesa del reino, pero ni fuerza al hijo pródigo a permanecer en la casa o a volver a ella, ni al hijo cumplidor de la ley a entrar en el banquete fraterno. A uno lo espera con los brazos abiertos y sale corriendo a recibirlo. Al otro le suplica y arguye, pero respeta su decisión. Sigue aguardando nuestra respuesta personal libre y responsable.

III.- ORIENTACIONES PARA CAMINAR EN EL ESPÍRITU DE LA VERDAD.

El don del Espíritu de la verdad, como estamos meditando, es el culmen de la Pascua del Hijo. Los Hechos de los Apóstoles narran cómo descendió sobre la comunidad apostólica y la lanzó a las plazas públicas, en cumplimiento de lo anunciado previamente por Jesucristo. Se ha cumplido la promesa hecha por el profeta Joel. El Espíritu desciende sobre toda carne, para hacerla capaz de caminar en la verdad y libertad del amor.

El Espíritu libera a los discípulos del poder del pecado, los hace partícipes de la misma naturaleza divina y los conduce como hijos y testigos de la verdad en medio del mundo. (cf. 2P, 1, 3-11) Consolidemos y cultivemos la vocación santa a la que hemos sido llamados. Sugiero algunas orientaciones en este sentido.

1.- El Espíritu de la comunión en la verdad.

El Espíritu nos introduce, vital y existencialmente, en la inteligencia de la verdad de la Pascua del Señor sobre la que se edifica la comunión eclesial. Él es el garante de la verdad anunciada por los profetas, proclamada y realizada por el Hijo y testimoniada por los apóstoles. El Espíritu de la verdad asegura la «T***radición***» proveniente de Dios. Por ello, y es importante notarlo, debemos dejarnos hacer por la verdad, sin por ello auto-proclamarse posesor de la misma.

El Espíritu de la verdad nos guía y conduce a la comunión en Cristo Jesús. Debemos tenerlo muy presente en la espiritualidad y en nuestro hacer a través de las estructuras del mundo; y también en nuestra participación en la vida eclesial. Es de todo punto necesario que avancemos desde «la verdad revelada y realizada» en la Pascua del Hijo, superando las simples opiniones o verdades de la razón humana y de la cultura del momento actual. La verdad permanece, las opiniones pasan. La verdad libera para la comunión. La mentira destruye la comunión. El amor goza con la verdad. Sin amor y verdad no hay auténtica unidad y fraternidad entre los convocados por el Señor a la vida sin ocaso. La carta a los Efesios lo enseña de forma clara.

> «Para que ya no seamos niños sacudidos por las olas y llevados a la deriva por todo viento de doctrina, en la falacia de los hombres, que con astucia conduce al error; sino que, ***realizando la verdad en el amor***, hagamos crecer todas las cosas hacia él, que es la cabeza: Cristo, del cual todo el cuerpo, bien ajustado y unido a través de todo el complejo de junturas que lo nutren, actuando a la medida de cada parte, se procura el crecimiento del cuerpo, para construcción de sí mismo en el amor». (Ef 4, 14-16)

Es claro, por tanto, que la comunidad se edifica en el Espíritu de la verdad; y no en opiniones culturales o religiosas, aun cuando deban ser tenidas en cuenta. Distingamos lo esencial de lo accesorio. El sincretismo mina del interior la fe apostólica y la comunión del pueblo de la alianza.

2.- Testigos en el Espíritu de la verdad.

El Espíritu es el que derrama el amor del Señor en nuestros corazones. Él hace posible que nos amemos mutuamente y amemos el mundo con el mismo amor de Cristo. Esta afirmación tiene enormes consecuencias para todos nosotros, nuestras familias y comunidades, para nuestra manera de situarnos en el mundo como testigos de la verdad de Dios, que estamos llamados a realizar en el amor. El amor divino va más allá de los sentimientos y la razón emocional, que tanto abunda en algunas culturas y expresiones religiosas. El amor forja personas sólidas y fuertes, recias. El Espíritu de la verdad atestigua cómo Dios nos amó hasta el don de su Hijo, para que todo el que cree en él se salve.

El que ama con el amor mismo de Cristo, ama de una vez para siempre. Así es el amor de los mártires, sostenidos por el Espíritu en su debilidad. La palabra de Dios nos sigue diciendo: «Porque nos apremia el amor de Cristo al considerar que, si uno murió por todos, todos murieron. Y Cristo murió por todos, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para el que murió y resucitó por ellos» (2Cor 5, 14-15). El amor está en vivir para Cristo y, en él, en favor de todos por los que entregó su vida, al asumir nuestra carne en el seno virginal de María. El Espíritu derrama el amor divino en nuestros corazones. Ahora bien, este amor comporta conversión y fe. Dios y el pecado son irreconciliables. El pecador, para gozar del don de la salvación, debe regresar a la casa del Padre. Es la condición, para recibir el abrazo amoroso y misericordioso del Padre. Dios invita al pecador a la conversión con la entereza propia del amor paterno.

Puesto que el ser humano, como sabemos por experiencia, es limitado y débil para recibir y dar testimonio del amor divino, el apóstol enseña la importancia de la oración, a fin de ser robustecidos por el Espíritu en el hombre interior, para recibir y vivir de acuerdo con el amor divino:

> Por eso ***doblo las rodillas ante el Padre***, de quien toma nombre toda paternidad en el cielo y en la tierra, pidiéndole que os conceda***, según la riqueza de su gloria, ser robustecidos por medio de su Espíritu en vuestro hombre interior; que Cristo habite por la fe en vuestros corazones; que el amor sea vuestra raíz y vuestro cimiento***; de modo que así, con todos los santos, logréis abarcar lo ancho, lo largo, lo alto y lo profundo, comprendiendo el amor de Cristo, que trasciende todo conocimiento. Así llegaréis a vuestra plenitud, según la plenitud total de Dios. Al que puede hacer mucho más sin comparación de lo que pedimos o concebimos, con ese poder que actúa entre nosotros; a él la gloria en la Iglesia y en Cristo Jesús por todas las generaciones de los siglos de los siglos. Amén. (Ef 3, 14-21)

Necesitamos,pedir continuamente el Espíritu del Señor, para ***realizar la verdad en el amor*** (cf. Ef 4, 14-16; Jn 3; 21; Lc 1, 74) en lo concreto de la vida. ¡Cuántas veces, consciente o inconscientemente, caminamos en la mentira! Lo hacemos siempre que nos buscamos a nosotros mismos.

3.- Nuestras luchas en el Espíritu.

Nuestra consagración en la secularidad nos urge a contagiar la fe auténtica, para salir al paso de la incredulidad. No se trata de imponer una ideología religiosa o unos valores éticos, aun cuando sea necesario cultivar el sentimiento religioso innato en el ser humano, así como la capacidad de bondad y justicia que toda persona alberga en su corazón. La fe en Dios, en efecto, no es tal si no conlleva una radical confianza de la criatura en el Señor del cielo y de la tierra, consciente de que su libertad se halla debilitada a causa del pecado. Fe en Dios y confianza en la persona van de la mano, pues Él la creó para la vida y no para la muerte. Por la envidia del diablo, como dice el libro de la sabiduría entro la muerte en el mundo. Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva, dice el profeta Ezequiel.

La Iglesia apostólica está llamada a proponer la fe auténtica en el Dios y Padre de Jesucristo a todo hombre y mujer, a los pueblos y culturas de todos los tiempos. De otra forma ni sería testigo en el Espíritu de la verdad ni sería justo con sus hermanos, al privarle de la verdad liberadora.

La tentación del sincretismo es muy sutil y debemos velar y orar para no caer en la tentación. Los apóstoles atestiguaban ante el Sanedrín: «quede bien claro a todos vosotros y a todo Israel que ha sido el Nombre de Jesucristo el Nazareno, a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de entre los muertos; por este Nombre, se presenta este sano ante vosotros. Él es la piedra que desechasteis vosotros, los arquitectos, y que se ha convertido en piedra angular; no hay salvación en ningún otro, pues bajo el cielo no se ha dado a los hombres otro nombre por el que debamos salvarnos». (Hch 4, 10-12) El testimonio es muy diferente al proselitismo o al celo sectario. El verdadero diálogo de la salvación consiste en dejarse hacer por la verdad proveniente de Dios, a cuya plenitud nos conduce el Espíritu Santo de forma progresiva.

La lucha contra el pecado de la incredulidad, que el Espíritu Santo, de manera discreta y casta, lleva adelante en el corazón de las personas, pueblos y culturas, nos obliga a los IISS a buscar cómo nos asociamos al hacer del verdadero testigo de Jesucristo muerto y resucitado, el otro Paráclito. En este sentido estamos llamados a decir con sencillez quién es Jesucristo, pues la vida eterna consiste en conocer al único Dios verdadero y a su enviado Jesucristo (cf. Jn 17, 3). Un conocer vital y existencial de Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre. Él es el camino del hombre, que la Iglesia está llamada a seguir. Por ello Juan Pablo II recordó lo que san Agustín había ya intuido, cuando afirmaba que el hombre Jesucristo es el camino de la Iglesia. Pablo VI, en perfecta sintonía con el Concilio Vaticano II, enseñó: ***para conocer al hombre es preciso conocer a Dios***. La antropología cristiana se enraíza en la fe bíblica. Y de esta antropología estamos llamados los IISS a dar testimonio de forma particular en el devenir de las realidades temporales. Para ello hemos sido enriquecidos con el carisma, contribuyendo así a la misión de la Iglesia en el mundo de hoy.

Servir la vocación divina de toda persona humana comporta trabajar de tal modo que todo se halle al servicio de la persona, evitando, por todos los medios, que se utilice a los hombres y mujeres para otro interés, que no sea su dignidad. No olvidar la tentación de la mundanidad que nos acecha también el seno del pueblo de Dios y de las mismas comunidades.

Para concluir estas reflexiones sobre el Espíritu, he aquí lo que enseñó Juan Pablo II en esta perspectiva en las encíclicas Evangelium vitae, Redentor hominis, que conviene releer despacio:

> ***El hombre está llamado a una plenitud de vida que va más allá de las dimensiones de su existencia terrena, ya que consiste en la participación de la vida misma de Dios. Lo sublime de esta vocación sobrenatural manifiesta la grandeza y el valor de la vida humana incluso en su fase temporal.*** En efecto, la vida en el tiempo es condición básica, momento inicial y parte integrante de todo el proceso unitario de la vida humana. Un proceso que, inesperada e inmerecidamente, ***es iluminado por la promesa y renovado por el don de la vida divina, que alcanzará su plena realización en la eternidad*** (cf. *1Jn* 3, 1-2). Al mismo tiempo, esta llamada sobrenatural subraya precisamente el *carácter relativo* de la vida terrena del hombre y de la mujer. ***En verdad, esa no es realidad « última », sino « penúltima »; es realidad sagrada,*** que se nos confía para que la custodiemos con sentido de responsabilidad y la llevemos a perfección en el amor y en el don de nosotros mismos a Dios y a los hermanos.
>
> ***La Iglesia sabe que este Evangelio de la vida,*** recibido de su Señor, tiene un eco profundo y persuasivo en el corazón de cada persona, creyente e incluso no creyente, porque, superando infinitamente sus expectativas, se ajusta a ella de modo sorprendente. Todo hombre abierto sinceramente a la verdad y al bien, aun entre dificultades e incertidumbres, con la luz de la razón y no sin el influjo secreto de la gracia, puede llegar a descubrir en la ley natural escrita en su corazón (cf. *Rm* 2, 14-15) el valor sagrado de la vida humana desde su inicio hasta su término, y afirmar el derecho de cada ser humano a ver respetado totalmente este bien primario suyo. En el reconocimiento de este derecho se fundamenta la convivencia humana y la misma comunidad política.
>
> Los creyentes en Cristo deben, de modo particular, defender y promover este derecho, conscientes de la maravillosa verdad recordada por el Concilio Vaticano II: « El Hijo de Dios, con su encarnación, se ha unido, en cierto modo, con todo hombre ». En efecto, en este acontecimiento salvífico se revela a la humanidad no sólo el amor infinito de Dios que « tanto amó al mundo que dio a su Hijo único » (*Jn* 3, 16), sino también el *valor incomparable de cada persona humana.*

La Iglesia, escrutando asiduamente el misterio de la Redención, descubre con renovado asombro este valor y se siente llamada a anunciar a los hombres de todos los tiempos este « evangelio », fuente de esperanza inquebrantable y de verdadera alegría para cada época de la historia. ***El Evangelio del amor de Dios al hombre, el Evangelio de la dignidad de la persona y el Evangelio de la vida son un único e indivisible Evangelio***.

P***or ello el hombre, el hombre viviente, constituye el camino primero y fundamental de la Iglesia.*** (EV 2)

El hombre en la plena verdad de su existencia, de su ser personal y a la vez de su ser comunitario y social — en el ámbito de la propia familia, en el ámbito de la sociedad y de contextos tan diversos, en el ámbito de la propia nación, o pueblo (y posiblemente sólo aún del clan o tribu), en el ámbito de toda la humanidad— ***este hombre es el primer camino que la Iglesia debe recorrer en el cumplimiento de su misión, él es el camino primero y fundamental de la Iglesia, camino trazado por Cristo mismo, vía que inmutablemente conduce a través del misterio de la Encarnación y de la Redención***.

A este hombre precisamente en toda la verdad de su vida, en su conciencia, en su continua inclinación al pecado y a la vez en su continua aspiración a la verdad, al bien, a la belleza, a la justicia, al amor, a este hombre tenía ante sus ojos el Concilio Vaticano II cuando, al delinear su situación en el mundo contemporáneo, se trasladaba siempre de los elementos externos que componen esta situación a la verdad inmanente de la humanidad: «Son muchos los elementos que se combaten en el propio interior del hombre. A fuer de criatura, el hombre experimenta múltiples limitaciones; se siente sin embargo ilimitado en sus deseos y llamado a una vida superior. Atraído por muchas solicitaciones, tiene que elegir y renunciar. Más aún, como enfermo y pecador, no raramente hace lo que no quiere hacer y deja de hacer lo que quería llevar a cabo. Por ello siente en sí mismo la división que tantas y tan graves discordias provocan en la sociedad».

Este hombre es el camino de la Iglesia, camino que conduce en cierto modo al origen de todos aquellos caminos por los que debe caminar la Iglesia, porque el hombre —todo hombre sin excepción alguna— ha sido redimido por Cristo, porque con el hombre —cada hombre sin excepción alguna— se ha unido Cristo de algún modo, incluso cuando ese hombre no es consciente de ello, «Cristo, muerto y resucitado por todos, da siempre al hombre» —a todo hombre y a todos los hombres— «... su luz y su fuerza para que pueda responder a su máxima vocación».

Siendo pues este hombre el camino de la Iglesia, camino de su vida y experiencia cotidianas, de su misión y de su fatiga, la Iglesia de nuestro tiempo debe ser, de manera siempre nueva, consciente de la «situación» de él. Es decir, debe ser consciente de sus posibilidades, que toman siempre nueva orientación y de este modo se manifiestan; la Iglesia, al mismo tiempo, debe ser consciente de las amenazas que se presentan al hombre. Debe ser consciente también de todo lo que parece ser contrario al esfuerzo para que «la vida humana sea cada vez más humana», para que todo lo que compone esta vida responda a la verdadera dignidad del hombre. En una palabra, debe ser consciente de todo *lo que es contrario* a aquel proceso. (RH 14)